

Número 18

1.º de setiembre

San Selerín...

1915

Periódico para los niños



Dirigido por

Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Toda la correspondencia
debe ser dirigida
al apartado núm. 825

Precio: 5 cts.

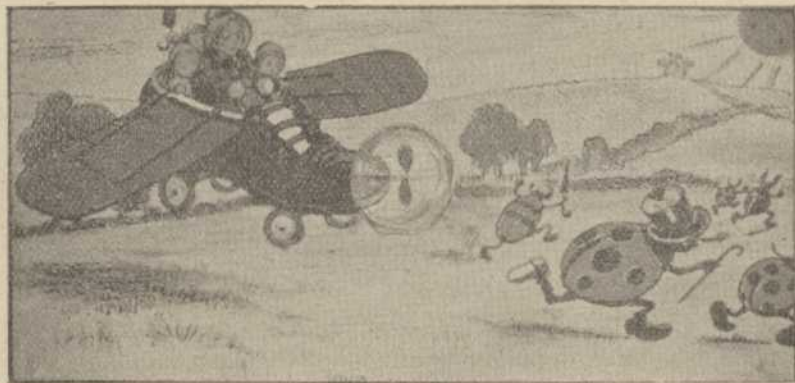
LA RAMONERA

PERIODICO PARA LOS NIÑOS

ÑA RAMONA

En monoplane otro día
ña Ramona Valerín,
convirtió su gran zapato
y en él pudieron subir
y volar por el espacio

de encontrar al pequenín
a caballo en una nube
tan orondo, como si
fuera un caballo de veras
la nubecilla sutil!



sus chiquillos. ¡Qué feliz
se sentía ña Ramona
cuando en el ir y venir
por los aires, tropezaban
con un lindo serafín
que atento los saludaba
con su risilla infantil!
¡Y qué alegres los chiquillos

No paraban un instante
de gritar ni de reir.
Así volaron un día,
y hubieran volado mil,
a no ser que ña Ramona
siempre buena, pero al fin
cuidadosa de que nada
fuera a ocurrirles allí,

cuando ya en el firmamento
 vió que empezaban a abrir
 sus ojitos las estrellas,
 tocó su timbre: ¡tilín!
 y en el patio de su casa
 cayó el zapato. Merlín,
 el menor de los chiquillos,

más ágil que una perdiz,
 saltó sobre sus hermanos
 y gritó fuera de sí:
 ¡Qué gozadota hemos dado!
 ¡Hemos gozado ocho mil!

BILLO

AVENTURAS DE LA SEÑORITA POLLITA COPOSITA

Era ella una perezosa pollita a quien no le gustaba levantarse por las mañanas, a no ser que fuese verano, porque en ese tiempo los pájaros venían a cantar muy alto entre el árbol que cobijaba su casita: entonces no dormía más y salía sin pereza de su camita hecha de menuda paja.

Una brillante mañana se levantó diez minutos más temprano que de costumbre, y se sintió tan contenta por esto, que sacudió su vestido amarillo de plumón y se paró en el umbral de la puerta, para que todo el mundo la viese.

Allí se estuvo largo rato observando el cielo: una o dos nubes que parecían hechas de plumas, volaban allá arriba y al mirarlas, la señorita Pollita Coposita, lanzó un profundo suspiro.

—Sí—dijo pensativa—no hay duda que volar debe ser una muy enorme aventura.

—¡Campo!... ¡Campo! ¡A un lado!... ¡A un lado!...
A un la... ah!

—Fiz... Fiz... Pop...

Y he aquí que entre la mejor *mata* de frijol que Pollita tenía sembrada, cayó y se enredó un globo de forma de rombo, al cual estaba fijo un gran cigarro. Este tenía en el centro una abertura y dentro de ella estaba acomodado un hombrecillo diminuto, cuya cara morena era más arrugada que un pedazo de cuero viejo. Llevaba una gorra de marinero y una levita azul con botones dorados.

—¡Hola! ¿Con que Ud. no es un ranúnculo?⁽¹⁾ exclamó el hombrecillo, dirigiéndose a Pollita.

Si no hubiese sido por su nuevo vestido amarillo, la señorita Pollita Coposita, se deja caer ¡pum! Felizmente lo recordó a tiempo y se quedó más derecha que un palillo de tambor, mirando al recién llegado orgulosamente.

—Perdón—dijo con frialdad—mi nombre es Pollita Coposita y no Ranúnculo... ¿Y puedo saber quién es Ud. y qué hace enredado entre mi mata de frijol?

—Soy el capitán de este globo que se llama «Volador Alto». Servidor de Ud.

El hombrecillo se inclinó, apretando su gorra contra el botón superior del lado izquierdo de su levita.

—Me apena mucho el saber que estoy maltratando su mata de frijol, señorita ran... Pollita Coposita. Y dígame: ¿no querría Ud. venir conmigo?—preguntó seña-

(1) Flor amarilla que crece en otros países.

lando la abertura que había en el centro del cigarro.

El corazón de Pollita Coposita latió con violencia dentro de su pecho.—¿Puedo volar en él?—Al decir esto su voz estaba temblorosa por la emoción.

—Sí, por mi levita, ya lo creo... venga y verá. ¿A dónde quiere que la lleve? Ciudad, campo, costas, a la China... al Polo... pida Ud. y yo la llevaré allá en un decir amén.

—Ciudad—pidió Pollita Coposita.

¡Pobrecilla! Estaba tan asustada que no habría sabido decir si llevaba puesto su copocito vestido amarillo o no.

—¡Bien!—gritó el capitán—¡Arriba pues! Siéntese derecha. ¡Alza!

—Fizz... juizz... piff... paff... rrr... ¡Campo! ¡Campo!—Y el globo se elevó y subieron muy alto, muy alto y Pollita Coposita se mantuvo bien tiesa. Primero cerró los ojos, pero después se sintió valiente... los abrió y se puso a mirar a su alrededor.

—¡Baje la cabeza, señorita!—le gritó el hombrecillo.—Allí viene un pedazo de nube... ¡Oh cosas más tempestuosas y más húmedas son las nubes! no me gustan...

Pollita Coposita bajó la cabeza y cuando la levantó, estaban sobre una ciudad.

—Debo ir a saludar la estatua que Ud. ve allí de pie sobre una columna—dijo el capitán.—Nunca paso por aquí sin hacerlo.

Con habilidad dirigió el globo hacia la estatua. Era ésta la estatua de un valiente marinó, que veía por sobre la ciudad, el río por donde subían los buques que venían del mar.

Y el capitán al pasar frente a la estatua se puso de pies y saludó y Pollita Coposita hizo lo mismo. Luego volaron al rededor de las torres de una iglesia. Aquí Pollita estuvo a punto de morir: en aquellas torres vivían muchas palomas; era la hora del almuerzo y Pollita deseó... ver lo que ellas tenían para almorzar. Se inclinó mucho... y si el capitán no la coje por la orilla de su vestido amarillo... ¡Ay! ¡quién sabe lo que habría sido de ella!

De la iglesia fueron a la plaza del mercado y pasaron todo el día con el gran reloj que allí se encuentra.

Como había fiestas, el capitán la llevó a una diversión. Consistía la tal diversión en un bote que resbalaba por una gruesa tabla inclinada e iba a dar a un lago.

—Suba Ud., señorita, y téngase derecha.—Ahora, ¡campo, campo! ¡Ah!

El bote se deslizó... flas... cayó al agua... plas... plis... plos...

Pollita detuvo el aliento y creyendo que habían llegado sus últimos instantes, se puso a pensar en todos los pecados que había cometido. Pero no hubo nada de esto. Unas salpicaduras de agua en su vestido amarillo y dos gotas en la cara... eso fué todo.

Luego fueron de aquí y de allá... y gastaron todo lo que tenían. Cuando se les acabó el dinero, quiso el capitán pagar con los botones de su levita, pero nadie se los quiso recibir. Entonces volvieron al globo. Hélos en él otra vez.

Fzzz... fzzz... ¡Campo! ¡Arriba!

—Vamos donde la reina Mab⁽¹⁾—gritó el capitán fuera de sí. Y saltó sobre sus pies y se puso en actitud de saludar.

Pollita se volvió loca de contento. ¡Ella que nunca había visto una reina *de veras!*

Gritó:—¡Viva!—y se puso a brincar.

El globo comenzó a bajar sobre el río. El capitán se puso a ver con su anteojo.

—Puedo ver la pequeña embarcación con sus velas blancas, de la reina Mab. Está anclada cerca de la orilla... Eso significa que esta noche hay un baile. Vamos allá!—dijo el capitán.

—Pero si no nos han convidado—replicó Pollita.

—Eso es lo de menos. Allí todos me conocen.

¡Oh! Y qué baile aquel!

El capitán era el favorito de las hadas y como Pollita era su amiga, fué la más agasajada en la fiesta. El geniecillo más lindo bailó, en honor de ella, un vals, y todos la llamaron respetuosamente «la señorita Pollita Coposita»... Por lo cual casi reventaba de orgullo.

Otra vez en el globo.

—Ya estamos de vuelta—dijo el capitán dejando a Pollita Coposita, sobre una matita de zacate que había frente a la pequeña casa. Eran las dos de la mañana.

—Adiós, señorita Pollita Coposita—gritó el capitán —me voy para la China. ¡Campo! ¡Campo! fzzz... fzzz...

Y el globo con el hombrecito se elevó.

(1) La reina Mab es una hada creada.

Pollita Coposita se quedó mirándolos un momento y luego, despacito, con los ojos que se les cerraban solos de sueño, entró en su casa.



Y la señorita Pollita Coposita, quedó dormida

Un segundo después estaba en la cama muy cómoda... y muy calentita... y olvidó completamente quitar se su vestidito amarillo.

—Qué enorme y grande aventura... es volar... no hay duda... me llamaron en... el baile... la señorita... Pollita... Co... po... si... ta...—murmuró—y se quedó dormida.

NORA PITT TAYLOR

(Arreglo de SAN SELERÍN)

LA HORA DE LOS NIÑOS

PENSAMIENTO DE LONGFELLOW⁽¹⁾

En las pálidas horas en que agoniza el día
y el sol recoge el manto de su bella alegría,
hay un corto paréntesis de ternura y de paz.
Es la hora de los niños que acuden en la sombra
del crepúsculo, al lado de la voz que los nombra
en un dulce silencio no expresado jamás.

Oigo el suave murmullo de sus voces rientes,
después el pataleo de sus pies impacientes
y luego la parlera, bulliciosa invasión
que por todas las puertas precipita sus tumbos,
como si fueran flores venidas de mil rumbos,
o avecillas que entraran a pedir protección.

Y toman por asalto mi ruda fortaleza
y llenan mi escritorio de tan sutil pureza,
que llego a imaginarme metido en un jardín;
se suben a mi espalda, se abrazan a mi cuello,
me aplastan, me encadenan, me quitan el resuello
y luego me prodigan sus caricias sin fin.

¿Huir? ¡Ni imaginarlo! ¿Quién por torpe que sea
renuncia a los encantos de tan grata pelea?
Además, fuera vano tan temerario afán.
Por todas partes rondan sus ojillos quemantes,
por todas partes suenan sus pechos anhelantes
por donde quiera, abiertas, sus manitas están.

BILLO

(1) Poeta nacido en la América del Norte, cuyas poesías son muy bellas y muy delicadas.

LA HORA DE LOS NIÑOS



Los niños del poeta norteamericano Longfellow invadiendo su cuarto de estudio, como él mismo lo cuenta en su poema «La Hora de los Niños».

LOS PUEBLOS DEL DESIERTO

Un espacio abrasador de arena roja, gris, oscura o blanca,—con oasis en los que se abren pozos y cuyo suelo está cubierto de hierba, brotando a largas distancias unos de otros—tal es el cuadro que se presenta a nuestra imaginación, al mencionar la palabra desierto. El pensamiento al punto vuela a la Arabia, la tierra, de la desolación salvaje, o al vasto Sahara del Africa.

Sin embargo, no son éstos los únicos desiertos que hay en el mundo. Hay muchas regiones deshabitadas en la tierra por la falta de agua. En Asia, tenemos el gran desierto de Gobi; en América del Norte, en el estado de Arizona, se encuentra uno de los desiertos más grandes, y Australia, también poseé uno, en el cual han muerto muchos exploradores. Pero los que más nos han llamado siempre la atención son los de Arabia y Africa.

La vida que llevan los pueblos árabes que allí habitan, es muy interesante, sobre todo la de los que viven en el desierto mismo y llevan una existencia nómada, esto es, que no permanecen en un lugar fijo, sino que van constantemente de un punto a otro.

Éstos habitantes del desierto, llamados beduinos, llevan una vida muy difícil y dura, pero son muy fuertes y valientes y hasta cierto punto, son más felices que los habitantes de las ciudades, por la gran libertad de que gozan en aquellas extensiones solitarias.

Se reúnen en tribus, que son conjuntos de familias que obedecen a un jefe. Estas tribus son muy temidas

por los viajeros, porque los beduinos son grandes ladrones.

Poseen espléndidos caballos y los que los han visto atravesar sobre ellos el desierto, cuentan que es un admirable espectáculo mirarlos galopar en sus hermosos caballos, casi todos blancos como la leche. Nunca emplean el látigo para excitarlos y casi siempre prescinden del freno, porque aman tiernamente a estos animales y no les gusta maltratarlos. El caballo del beduino comprende el lenguaje de su amo y le obedece con solo verlo mover la boca.

No se crea que un desierto es todo él, una región abrasada y árida.

Bien es verdad que el Sahara no es más que un inmenso mar de arena, pero el de Arabia tiene grandes extensiones de terreno excelente, y en primavera, después de un gran aguacero, el Norte de Arabia parece una pradera americana. Lindas flores brotan del suelo y la superficie parece una sábana de verdura, en la cual las gotas de rocío lucen a los rayos del sol como lentejuelas de oro.



En la soledad del desierto.

Esto explica, como estos beduinos del desierto pueden ser ricos y poseer grandes rebaños de camellos, caballos, ovejas y cabras. Se cuenta que hay jefes de tribus que poseen como el Job de la Historia Sagrada, mil ovejas y tres mil camellos.

Sus casas son tiendas de forma cuadrada u oblonga, hechas con pieles de cabras. La tienda del jefe de la tribu siempre se distingue, porque éste planta su lanza a la entrada; tras ella hay un departamento para recibir a los huéspedes. ¡Y cuán efusiva y cariñosa es la acogida que dispensan a sus visitantes, estos ladrones del desierto! Su amable hospitalidad nunca falta ni aun a los mismos a quienes robarían y asesinarían sin escrúpulo, si los encontraran al hacer sus correrías.

Jamás el beduino deja de cumplir la hermosa ley que le manda acoger bien al viajero que llama a sus puertas. La mujer se apresura a traer agua para refrescarle la cabeza; luego le ofrece un cuenco o escudilla lleno de leche de camella y ésto sin hacerle ninguna pregunta. En la noche matan un cabrito o alguna oveja de las más gordas para festejar al huésped.

El principal alimento del beduino es el dátil y lo más precioso que crece en estas regiones habitadas por los árabes, es la palma datilera, una de las plantas más hermosas y más nobles que hay sobre la tierra.

Los árabes del desierto comen mucha miel silvestre y se alimentan también de langostas y de lagartijas. Pero como dijimos antes, su principal alimento es el dátil, sin el cual difícilmente podría vivir el árabe.

Una época muy alegre para ellos es aquella en que celebran el casamiento de las palmas datileras, cuando las brisas llevan el polen de las flores machos a las flores hembras.

Nada se pierde del dátil: los huesos o semillas que usan los chiquillos árabes para jugar, sirven también de alimento al ganado; las perfumadas flores las emplean en una bebida que les gusta mucho y las frutas que no consumen, las utilizan para hacer vinagre. Con las hojas hacen cuerdas, abanicos, esteras, canastas, etc., y con la madera construyen sillas, cunas, lechos, etc.

(Arreglo. Tomado de *El Children's Magazine*).

UNA LEYENDA DE LAS ESTRELLAS

Una leyenda de los indios de California, dice que el sol, la luna y las estrellas, forman una gran familia. El sol es el padre y al mismo tiempo es el gran jefe que gobierna los cielos; la luna es la esposa y las estrellas los hijos.

El sol sin embargo, no es un buen padre, porque persigue a sus hijos para comérselos. Por esto las estrellas le huyen y cuando él se levanta por las mañanas, se las ve desaparecer y no vuelven sino hasta la tarde, cuando el sol está bajando por el Oeste, a la cueva en que tiene su lecho. Entonces ellas van asomando tímidamente, co-

mo si tuviesen miedo; pero cuando el sol se ha hundido completamente, se ponen a brillar y a agitar sus vestidos luminosos, llenas de alegría.

El sol, entre tanto, se va arrastrando hasta que llega a su lecho que está en el centro de la tierra. Como es muy angosto el lugar, no puede volverse para regresar por el mismo camino y por esta razón, dice la leyenda, se le ve salir por el Este, al lado contrario a aquel por el cual se ocultó. Cuando él se levanta, la luna que ha estado durante la noche, cuidando a sus hijas las estrellas, que han jugado y brillado sobre el cielo, se va a acostar a su vez.

Como el sol logra al fin, comerse cada mes a algunas de sus bellas hijas, la luna se llena de pena, y en señal de tristeza, se echa sobre la cara un velo negro. Pero las gracias de las estrellas que han quedado, la hacen ir levantando poco a poco su velo de luto, y va dejando ver su rostro de plata, y al fin del mes, ya toda ella resplandece en el cielo: sin embargo, en su luz hay siempre melancolía. ⁽¹⁾

Las estrellas son muy dichosas, y cantan, bailan y dejan caer besos de luz sobre la tierra, cada vez que la luna su madre está en medio de ellas.

(1) Tristeza.

PÁGINA

Me llamo Toño y cuento ocho años.

Poco me falta para ser hombre, un hombre grande, de bigotes y con los puños muy recios. Entonces seré un jardinero, como papá. Mientras tanto, me han enviado a la escuela.

—En este silabario aprenderás a leer,—me dijo mi madre el primer día de clases, y dejó en mis manos el silabario. A veces olvido ese nombre y ya no sé decir cómo se llama lo que sirve a los niños para aprender a leer.

Mi hermanita Nicha fue la encargada de acompañarme a la escuela. Si Nicha no hubiese venido conmigo, yo me habría extraviado. Pero eso fue solo el primer día; ahora hago el camino yo solito.

—Es necesario venir temprano, los niños deben ser un poco más puntuales—me dijo ayer la niña Luz, la señorita Luz, mi maestra. Venir más temprano, ser un poco más puntuales. . . . es, según entiendo, presentarse en la escuela un poco antes de que la portera haya tocado la campana. Pero eso no es cosa tan fácil! hay en el camino tantas cosas que llaman la atención! Unas veces son las mariposas; otras, es el afilador que va por las calles sonando aquel pito que causa tanta tristeza. Yo daría mi silabario y mi lápiz si me dieran un pito como ese. Se oye desde lejos y ya la gente sabe que es el afilador que va-pasando. . . .

Una, dos, tres. . . . Así sucede siempre que ha llovido; las gotas de agua quedan paseando por los alam-

bres del telégrafo; van en fila, como los niños en la escuela después del recreo. Una, dos. . . . Cuando alguna alcanza a la que va delante, cae la primera. Una, dos, tres. . . . ya cayó una. Una, dos. . . . La campana! La campana! Ha sonado la campana, y la señorita Luz. . . . ¡Para qué habrá campana en las escuelas!

RUBÉN COTO F.

CLEOBIS Y BITON

Cuenta Plutarco, ⁽¹⁾ en su libro «Vidas de hombres ilustres», que en uno de sus viajes llegó Solón ⁽²⁾ al país en el cual gobernaba Creso, rey célebre por sus riquezas. Este pensaba que la felicidad está en los tesoros y así, para sentirse halagado, preguntó a Solón si había conocido a un hombre más dichoso que él. Contestóle Solón que había conocido a Cleobis y Biton, hermanos muy amantes entre sí y muy amantes de su madre, los cuales como los bueyes que tiraban del carro que llevaba a ésta, estuviesen cansados y se tardasen, los habían desuncido para ponerse ellos en lugar de los animales y así la había llevado hasta el templo, entre las bendiciones de todos los ciudadanos y con el mayor contento suyo. Luego la fatiga los hizo caer muertos y a él, Solón, le parecía mayor felicidad la muerte de estos jóvenes que habían acabado su vida honrando a su madre que tener riquezas.

(1) Historiador moralista griego.

(2) Fué un hombre célebre que vivió muchos años antes de Jesucristo el cual dió leyes muy sabias en la ciudad de Atenas.